Historia conceptual, memoria e identidad (I)

Posted on 1 de marzo de 2006 by Javier Fernández Sebastián

La impresionante trayectoria académica de Reinhart Koselleck (Görlitz, 1923-Bielefeld, 2006), desde su ya lejana tesis de doctorado («Kritik und Krise», 1959) hasta sus trabajos recientes sobre la memoria de la guerra y los monumentos a los caídos, hace innecesaria cualquier presentación. No sólo estamos ante uno de los historiadores más importantes del último medio siglo, sino ante un eminente teórico que, a lo largo de su dilatada obra, ha escudriñado todos los recovecos del concepto de la historia: la historia como sucesión de acontecimientos, la historia como actividad intelectual, la historia como experiencia existencial y como dimensión ineludible, constitutiva de la modernidad.

Entrevistamos al profesor Koselleck en Madrid la tarde del 5 de abril de 2005, aprovechando su primera visita académica a nuestro país, invitado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Transcribimos a continuación una versión española de la primera parte de esta entrevista inédita, a la que hemos creído oportuno añadir algunas notas aclaratorias, y que cobra ahora una trágica e imprevista actualidad tras la muerte del historiador el pasado 3 de febrero. La segunda parte se publicará en el siguiente número de la *Revista de Libros*.

JFS / JFF .- *Algunos supuestos esenciales de la* Begriffsgeschichte *(historia de los conceptos) contribuyen en gran medida, a nuestro modo de ver, a desterrar la engañosa dicotomía entre continuidad y ruptura que muchas veces ha perjudicado una comprensión adecuada del cambio y del devenir histórico. La superación del falso dilema entre continuidad y ruptura, permanencia e innovación –superación que en el terreno lingüístico puede ser abordada a través de su propuesta de esa especie de «sincronía diacrónica» que son los estratos del tiempo–, sin duda añade complejidad y contribuye a afinar nuestros análisis históricos.Teniendo en cuenta que, como usted mismo ha afirmado reiteradamente, puesto que la realidad nunca puede ser completamente abrazada por el lenguaje, siempre habrá una brecha infranqueable entre los hechos y los conceptos, ¿cuál es su opinión sobre el uso de las categorías de continuidad y ruptura como herramientas heurísticas en historia factual? ¿Le parece que esa polaridad sigue siendo útil, o más bien considera que debería ser*

abandonada?

RK .- Sigue siendo útil usar las categorías de continuidad y ruptura, la cuestión es saber a qué nivel o en qué serie de acontecimientos conviene aplicarlas. Si tomamos la historia política, vemos que hay un gran número de rupturas, muchas más rupturas que, por ejemplo, en la historia lingüística, que es más dada a la transformación continua, a la transformación lenta. Pero los acontecimientos políticos destruyen con frecuencia las continuidades. Bastante a menudo, acontecimientos revolucionarios o incluso de tipo reformista traen consigo una ruptura. En el plano político y en el plano social, en el lingüístico y en el económico, tenemos diferentes formas de continuidad y diferentes formas de ruptura, y lo difícil es establecer la relación adecuada entre todas esas formas y niveles. La última etapa de la historia de Alemania es un buen ejemplo de ello. La parte oriental de la actual República alemana se integró muy rápidamente. En el plano político, fue un proceso muy rápido, de sólo un año de duración, y fue muy bien aceptado, tanto por los actores del Este como por los del Oeste. Pero la integración mental de una y otra parte ha dejado hasta hoy mucho que desear. De manera que, al cabo ya de quince años, tenemos media generación en la que no ha aumentado la comunicación entre el este y el oeste de Alemania.Y en medio de esta situación hay una transformación económica muy difícil que, de nuevo, es mucho más lenta de lo que la gente esperaba.Así pues, este ejemplo reciente prueba los diferentes niveles de un debate posible sobre continuidad y ruptura.

JFS / JFF .- *Uno de los grandes desafíospara el historiador consiste en tener que enfrentarse a un cúmulo de acontecimientos y de discursos que se presentan a la vez, de manera contradictoria, como únicos y como repetidos.Así, frente al énfasis historicista en la singularidad de cada acontecimiento histórico, usted ha subrayado en numerosas ocasiones que la historia está llena de estructuras y fenómenos recurrentes.Ahora bien, ¿se trata verdaderamente de fenómenos recurrentes, esto es de verdaderas «repeticiones», o de simples analogías que el historiador proyecta desde su propia perspectiva sobre las palabras y los hechos del pasado? ¿Es correcto hablar de estructuras repetitivas o más bien de semejanzas más o menos superficiales entre sucesos históricos distintos, que se desarrollan en contextos fundamentalmente diferentes?*

RK .- Para contestar adecuadamente a esta pregunta habría que reunir una enorme masa de pensamientos y transformaciones históricas de gran amplitud, y reflexionar en conjunto sobre todo ello. Por ejemplo, es perfectamente posible que en determinados pasajes de la Biblia o de la obra de Platón encontremos argumentos plenamente útiles para las estrategias políticas de hoy en día.Así sucede también con respecto a la democracia, y la cuestión, desde luego muy interesante, radica en la posible transformación o no de nuestros argumentos y estrategias políticas. En la Grecia antigua hubo, como es sabido, abundantes reflexiones

sobre la igualdad de los ciudadanos, la mejor manera de preservar su libertad, la administración activa o pasiva, etc., y en toda esa literatura es posible identificar, por supuesto, un tipo ideal de democracia, esto es, un modelo político en el cual el pueblo se gobernaba a sí mismo (aunque fuese en el pequeño ámbito de la *polis*). Claro está que este modelo no es nunca idéntico al modelo florentino o francés o cualquier otro, pero la estructura de la argumentación es repetitiva y yo no diría que se trata de un parecido superficial. Creo que la similitud prueba que hay conexiones profundas entre problemas que se formulan y se viven de manera diferente, y creo que la similitud de estructuras va mucho más allá de lo que solemos pensar, porque el historiador corriente no suele dirigir su mirada en esa dirección, y por tanto muchas veces le pasan desapercibidas esas semejanzas de base, esas estructuras comunes. El historiador ordinario suele dejar estos temas a un lado, pensando que es asunto de teólogos o de sociólogos, y que su cometido es simplemente ocuparse del estudio de acontecimientos concretos, singulares, a partir de fuentes no menos singulares, como las que suele manejar. Pensemos, por ejemplo, en las fuentes históricas referentes a la época fascista en España. Estoy seguro de que existen al respecto muchos documentos singulares.Y esos documentos no hablan de lo que hay de repetitivo en tales acontecimientos. Normalmente no encontraremos el factor repetitivo de manera explícita en esa clase de movimientos ideológicos, a menos que se trate de una ideología como el jacobinismo francés. Se supone que los jacobinos eran romanos de verdad, tal como los pintó JacquesLouis David, de forma que su ideología habría debido ser la del virtuoso romano de la época republicana, pero, por supuesto, no hay nada de eso. Se trataba de una promesa de salvación, en el plano ideológico, para la gente que participó en la secta o partido jacobino.Así pues, en realidad hay muy pocas analogías útiles para una democracia efectiva producida por la participación de todos, y esa cuestión, la toma de decisiones políticas en común, sigue siendo un desafío. Detrás de toda argumentación a favor de la democracia directa, o también de la democracia representativa o indirecta, pocas veces veremos nuevos argumentos; incluso si la situación es nueva, los argumentos han de ser transferidos muchas veces desde el pasado.Y eso constituye una técnica o un arte, un arte histórico que consiste en entrelazar series de acontecimientos en el largo plazo, a través del descubrimiento de estructuras repetitivas…

JFS .- *Pero, más allá de analogías indudables en la argumentación, la cuestión es si los diversos conceptos de democracia –democracia directa, representativa, etc.– manejados por los actores a través de los siglos en los discursos constituyen en realidad el mismo concepto, o bien se trata de conceptos distintos, que se hacen valer en circunstancias muy diferentes aunque la estructura de los argumentos o la estrategia argumental resulte similar…Así pues, todos esos actores, hablantes o autores, ¿están hablando realmente del mismo problema?*

RK .- No necesariamente. Conviene diferenciar en qué aspecto nos encontramos ante problemas constantes o perennes, en qué medida se trata de problemas que, aunque individualizados, son a menudo persistentes y que responden a desafíos permanentes, y también hasta qué punto algunos problemas son realmente únicos, singulares, para los cuales no se encuentran precedentes. Si diferenciamos estos tres niveles, entonces tenemos la posibilidad de discutir sobre ellos y encontrar las singularidades o los elementos repetitivos. Por ejemplo, en la Edad Media existía una dualidad de autoridades, teológicas y civiles, monásticas y urbanas, con la Iglesia oponiéndose al poder civil y en pugna cada una contra la otra. Es evidente que la constitución dual de la Europa medieval, así denominada, no es la misma que la de Atenas en la época de Aristóteles, pero hay bastantes argumentos aristotélicos que utilizó santo Tomás de Aquino, porque hay similitudes y paralelismos entre la democracia florentina y la democracia ateniense. No cabe duda de que en ambos casos se trata del gobierno de un reducido número de ciudadanos. La analogía estructural es muy pequeña, sin embargo la problemática que implica se renueva bastante poco, puesto que dicha problemática aparece una y otra vez ligada a ciertas condiciones que guardan similitud con viejas situaciones. El historiador está obligado a ocuparse de esas analogías, porque si sólo miramos los acontecimientos singulares como eventos radicalmente únicos, particulares, no podremos llegar a explicarlos. No podremos explicar por qué algo fracasa. Cualquier explicación, incluso relativa a un hecho singular, depende de cursos de acción, de secuencias de acontecimientos…

JFS .- *La explicación puramente sincrónica no es explicación…*

RK .- En efecto, no lo es. Es necesaria la integración de las perspectivas sincrónica y diacrónica, hay que tener siempre en cuenta ambos planos. No se pueden dividir, y es el propio Saussure, en su análisis del lenguaje, quien afirma que la potencia diacrónica de toda lengua está presente en la situación sincrónica del habla.Yo creo que ya no es cuestión de oposición sincronía/diacronía, sino que lo que es preciso analizar es cuánta capacidad de innovación hay en una lengua que puede tener siglos de antigüedad, y cómo se produce esa innovación, por ejemplo, como consecuencia del cambio técnico.Y al abordar esa relación entre viejas estructuras y nuevos significados, observar la nueva semántica que se introduce en la lengua de resultas de nuevas experiencias. Tenemos que definir, pues, esa relación compleja entre viejas estructuras y nuevos significados, pero no podemos afirmar que todo sea nuevo.

Desde un punto de vista estrictamente lógico habría dos posibilidades. Si afirmáramos que todo es repetitivo, entonces no habría posibilidad de nada nuevo, lo que resultaría muy aburrido. Nada nuevo podría ocurrir. Pero si dijéramos que todo es nuevo, no se podría vivir, ni siquiera sobrevivir, porque si todo lo que nos rodea fuese una novedad y cada cosa una

sorpresa, uno carecería de los conocimientos y de las habilidades más elementales para vivir.Así pues, hace falta un mínimo de repetición para entender lo que ocurrirá mañana. Éste será precisamente el tema de mi conferencia de mañana «Wiederholungsstrukturen in Sprache und Geschichte» («Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia»), que pronunció al día siguiente de la grabación de esta entrevista –esto es, el 6 de abril de 2005–, en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid. La versión española del texto de esta conferencia, a cargo de Antonio Gómez Ramos, aparecerá en un próximo número de la *Revista de Estudios Políticos*.. Todo esto, claro está, en un plano puramente lógico, pero por otra parte invariablemente tenemos esperanzas y necesitamos analizar cómo se relacionan estas esperanzas y expectativas con las otras variables.

JFS / JFF .- *Pese a los grandes desafíosepistemológicos planteados a las ciencias históricas en las dos últimas décadas del sigloXXy a los debates en torno al llamado* linguistic turn *y la posmodernidad, no pocos historiadores siguen manteniendo una práctica investigadora más bien irreflexiva, bastante próxima al positivismo. Cansados de teorías y de debates estériles, se desentienden de todo tipo de cuestiones metodológicas, e incluso afirman que les basta con el análisis de las fuentes para dar una interpretación adecuada de los hechos. Por otra parte, en el campo específico de la historia de conceptos, ¿no cree que, además de la metodología de la* Begriffsgeschichte*, es posible aplicar y practicar otras aproximaciones?*

RK .- La primera parte de su pregunta en realidad no se refiere sólo a la historia factual, puesto que tampoco en historia conceptual es posible resolver un determinado «incidente» o evento particular sólo mediante el recurso a nuevas fuentes, o a nuevas interpretaciones de las fuentes. Hacen falta preguntas, preguntas e hipótesis que puedan ser contestadas y contrastadas por los especialistas en semántica histórica o por otros estudiosos. Por ejemplo, mi proyecto de lexicón está basado en cuatro hipótesis; a saber: en un cierto momento (1) el lenguaje se democratizó y (2) se politizó, al tiempo que se producía (3) un fuerte sesgo ideológico y (4) una temporalización interna de los conceptos Koselleck enuncia aquí sumariamente las cuatro grandes transformaciones del lenguaje político en el umbral de la modernidad (*Demokratisierung*, *Politisierung*, *Ideologisierbarkeit*, *Verzeitlichung*), que expuso con más detalle en su «Einleitung» al primer volumen de su monumental diccionario (conocido generalmente por sus iniciales *GG*): *GeschichtlicheGrundbegriffe. Historisches Lexikon zur politischsozialen Sprache in Deutschland*, compilado por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, vol. I, pp. xiii-xxviii, especialmente pp. xvi-xviii.. Así pues, la temporalización entre el pasado y el futuro se va implantando poco a poco, mientras que se desarrolla gradualmente una nueva estructura del lenguaje político. Esta nueva estructura termina por afectar a todos los conceptos.

En cuanto a la segunda cuestión, ciertamente el estudio histórico de los conceptos admite

diferentes perspectivas y aproximaciones.Así, por ejemplo, podemos centrar nuestra atención en el marco normativo del liberalismo, como por lo que me ha parecido entender sucede en el caso del lexicón español Koselleck alude a nuestro *Diccionario políticoy social del siglo XIXespañol*, Madrid,Alianza, 2002.. Yo, sin embargo, no incorporaría un marco normativo de ese tipo, sea el que fuere, porque mi experiencia con colegas teóricos del derecho, juristas y teólogos es que muchos de ellos eran incapaces de concebir una historia descriptiva de los conceptos, aproximación que en algunos parece despertar grandes reticencias de carácter dogmático. De algún modo, ellos parten del principio de que conocen «la verdad», de que saben cuál es el «verdadero concepto» correspondiente a tal o cual noción, y no están dispuestos a admitir análisis histórico-conceptuales que choquen con su propia visión normativa de las cosas. He discutido mucho con algunos de ellos, y en no pocas ocasiones lo he tenido que dejar por imposible. Los principales teólogos incurren frecuentemente en errores y falsas interpretaciones a causa de sus prejuicios. Lo mejor sería que transformasen esos prejuicios en hipótesis.Así reconvertido cada prejuicio en una hipótesis o en un concepto abierto al debate, podríamos preguntarnos libremente si es o no posible o aceptable tal o cual cosa. Pero quizá no he entendido bien su pregunta…

JFS .- *Sí, creo que tiene razón al decirque nuestro* Diccionario *contiene a veces cierta carga normativa, o si se quiere, incluso cierto «prejuicio» en favor del liberalismo, ya que nos pareció fuera de duda que constituyó el lenguaje –y la visión del mundo– dominante en la España del siglo XIX. Por otraparte, es indudable que hemos intentado reflejar en la redacción de cada voz las disputas y polémicas acerca del significado del concepto en cuestión, y estoy plenamente de acuerdo con usted en la desconfianza y el desdén que muchos juristas dejan traslucir ante la historia conceptual.A algunos de ellos les resulta difícil de aceptar incluso la legitimidad académica del estudio de una historia de los conceptos desprovista de toda carga o finalidad normativa. Se ponen nerviosos ante la simple posibilidad de que los conceptos con los que trabajan –que constituyen algo así como su suelo epistemológico– dejen de ser un terreno firme para convertirse en algo contingente, ambiguo e inestable.*

JFF .- *A propósito de esta cuestión, recuerdo que alguien con formación jurídica afirmó en un congreso que el concepto de propiedad no había variado sustancialmente desde hacía siglos, y que era en la actualidad prácticamente el mismo que en tiempo de los romanos* [risas]. *Sin embargo, es indudable que, en relación con la* Begriffsgeschichte *tal y como ustedes la practican en Alemania, con una reconstrucción completa de la historia del concepto y un seguimiento de las palabras a lo largo de muchos siglos, nuestra aproximación, centrada sólo en la España de los siglos XIXy XX, esquizá más sensible a los cambios semánticos que*

tienen lugar en el corto plazo, ligados a las luchas políticas de cada día.

RK .- Su crítica es interesante, pero no estoy de acuerdo. Puede ser cierto en su percepción, porque estamos ante dos culturas académicas y dos proyectos diferentes. La cuestión también depende, desde luego, de la analogía o el grado de adecuación entre la lengua hablada por los agentes y el análisis del historiador, teniendo en cuenta que la lengua hablada se inscribe siempre en situaciones únicas, desde el momento en que se produce obligadamente dentro de unas coordenadas particulares y concretas. En el límite, el significado no podría cambiar en absoluto, puesto que estaría referido cada vez a una situación singular y única. Estamos ante un aspecto de la teoría conceptualista que insiste en la singularidad o «unicidad» del lenguaje aplicado, pero por otra parte hay que pensar cuántos elementos de la lengua tienen una capacidad de significación y unas posibilidades de uso semántico, sintáctico, etc., que vienen de muy atrás, desde hace siglos. En cualquier caso, si las palabras se pueden aplicar a una situación concreta y única es precisamente gracias a la potencia, a la capacidad de significación, acumulada por el uso constante y continuado de esa palabra durante siglos. Son esos viejos usos los que hacen que las diversas traducciones en distintas lenguas –al español, al latín, al alemán o al inglés– presenten también diferentes matices, y que, por ejemplo, la estructura de las frases pueda variar, con niveles variables de profundidad o longitud. Mi punto de vista sería, por consiguiente, el de un único y exclusivo proceso muy prolongado. Es preciso analizar las raíces de la lengua, el ritmo lento de las transformaciones a largo plazo y también la lingüística aplicada a situaciones concretas, transformaciones de las que a veces surge algo nuevo.

JFS / JFF .- *Su insistencia en la necesidadde distinguir cuidadosamente entre la realidad concreta de los hechos y su aprehensión lingüística nos plantea asimismo un problema epistemológico. En efecto, puesto que no hay experiencia posible sin conceptos, aun sin negar las realidades extralingüísticas, en nuestro mundo poskantiano y pospositivista parece difícil imaginar siquiera un evento histórico «en sí mismo», al margen de su aprehensión conceptual de una u otra manera por los observadores humanos que articulan los hechos y les dan sentido. ¿No cree que, a partir de tales premisas, se hace difícil mantener esa estricta distinción entre «los hechos» en bruto y su aprehensión lingüística?*

RK .- Sí, teóricamente en este punto pueden darse dos respuestas extremas, cualquiera de las cuales reduce el lenguaje a una reacción ante los hechos. Así, para unos, el lenguaje sería meramente un espejo, y un espejo deformante, a la manera marxista: el ser es la guía de la conciencia, y más fuerte que ella. Por tanto, la conciencia no sería verdaderamente consciente. Esta es una posición que expresa la prioridad radical de «lo real». Para otros, por el contrario, todo está lingüísticamente mediatizado y, por tanto, la prioridad reside en la

interpretación lingüística de los hechos. Lo que éstos hechos sean o no depende de la interpretación lingüística. Cualquiera puede elegir entre estas dos posiciones extremas. Ambas pueden ser aplicadas metodológicamente. Se puede defender, como buen marxista, la dependencia absoluta de las ideologías y mentalidades respecto a las condiciones reales de producción, ¿por qué no? O bien, por el contrario, podemos seguir a Gadamer cuando dice que todo está lingüísticamente determinado. Pero a mi modo de ver esas dos posiciones no bastan para desarrollar una investigación idónea, y no hay convergencia posible entre ambos extremos. Siempre tendremos que optar entre una u otra dirección y tal decisión depende de la propia pregunta que inicialmente hayamos planteado.Yo diría que el asunto central aquí es la cuestión que usted trata de responder: tal es mi punto de vista.A veces mis colegas socialistas me atacan diciendo que produzco cosas sin sentido, absurdos lingüísticos, que no tienen nada que ver con la realidad. Pero yo creo que son muy ingenuos al pensar que la realidad es independiente del lenguaje. Claro que, por mucho que insistamos en que la realidad depende del lenguaje, un historiador de la economía siempre podría replicar: «Muy bien, pero para mi trabajo el lenguaje es simplemente una ayuda, mientras que son básicamente las necesidades económicas y la presión producida por ellas las que hacen reaccionar a la gente y ponen en movimiento su imaginación lingüística». La argumentación depende, pues, de la opción metodológica elegida por cada cual, y podríamos limitarnos a examinar los argumentos de unos y de otros, y a dar cuenta de las respectivas razones con que se combaten mutuamente. Sin embargo, hay un punto en el que insisto siempre. Cualquiera que sea la opción elegida, ya se incline por una postura de tipo materialista o idealista, esa decisión tiene que ser adoptada inevitablemente en el terreno del lenguaje.A mi modo de ver, el ámbito en que el debate se desarrolla es el lenguaje, de manera que, tanto si usted sostiene que la base de todo es la economía o si cree, por el contrario, que lo esencial es el factor lingüístico, tanto si usted prefiere los argumentos lingüísticos como los no lingüísticos, el campo de batalla es el lenguaje. Afirmar que la decisión es lingüística en sí misma no es lo mismo que atribuir la prioridad al lenguaje. Simplemente considero que el medio o el factor para ese cambio de opción es necesariamente el lenguaje, que la disputa teórica se libra en el terreno lingüístico. Espero que, en este punto, estén de acuerdo conmigo.

JFS .- *Como usted sabe, Juan FranciscoFuentes y yo mismo, contando con la colaboración de casi una treintena de historiadores, publicamos en 2002 un* Diccionario de historia de los conceptos políticos y sociales de la España del siglo XIX *, y actualmente dirigimos un proyecto para prolongar esta obra con un nuevo volumen correspondiente al siglo XX, que esperamos veala luz en el año 2006. En esos trabajos nos hemos inspirado parcialmente en el métodode la* Begriffsgeschichte*, si bien hemos tenido muy en cuenta otras propuestas metodológicas, en particular las provenientes de la llamada escuela de Cambridge.Al igual*

que Melvin Richter y Kari Palonen, pensamos que no sólo es factible, sino conveniente, combinar las sugerencias y reflexiones de ambas escuelas. Al sostener esta postura ecléctica coincidimos con las consideraciones de Palonen sobre las ventajas de simultanear los análisis histórico-semánticos de la Begriffsgeschichte *y la atención a los aspectos pragmáticos y a las estrategias persuasivas de los actores, autores y locutores que caracteriza a la metodología de Quentin Skinner y la escuela de Cambridge. ¿Cree posible la integración de ambas perspectivas para un acercamiento apropiado a la semántica histórica de los conceptos y discursos políticos?*

RK .- En el pasado asistí a debates con Skinner y Pocock que continúan hoy con Richter y Palonen, y la cuestión en que insiste Palonen me parece que es la tesis según la cual cada concepto tiene su propia temporalidad interna. Quiero creer que yo mismo he contribuido a descubrir por mi análisis del lenguaje que cada concepto indica estabilidad o cambio, y que la división entre pasado y futuro está internamente contenida en el mismo, porque la mudanza o evolución conceptual significa naturalmente la pérdida de una parte de la carga de pasado que cada concepto internamente conlleva y el aumento correlativo de sus expectativas de futuro, un fenómeno que puede observarse sobre todo a partir del siglo XIX . Si queremos analizar el elemento progresivo, transformador, necesitamos distinguir, desde luego, entre pasado y futuro. Es precisamente la estructura temporal interna de algunos conceptos la que produce diferencias temporales en la conciencia de los hablantes. Otros conceptos, sin embargo, pueden estar sometidos a cambios muy pequeños a través del tiempo y resultan por tanto altamente repetitivos. Cuando digo «table» puedo referirme a la «tabula» de los romanos o la «table» de los británicos o de los franceses, sin que tal concepto [*mesa*, en español] implique grandes matices o cambios temporales en el estilo y en la función.

Pero, volviendo a la posibilidad de aproximación entre nuestro propio método y el del grupo de Cambridge, el término «temporalidad» al parecer plantea algunos problemas. En todo caso, creo que tanto Skinner como Pocock han captado bien su significado, y tengo la impresión de que podrían profundizar más en la comprensión de esta cuestión crucial, pero en nuestros encuentros temo que mi inglés no es lo suficientemente bueno para contestar de forma convincente a sus objeciones. Con respecto a Skinner, que es un historiador muy estricto en el terreno de la historia hermenéutica, la verdadera diferencia es que, a mi juicio, su capacidad analítica está muy volcada hacia lo normativo. Sus análisis de los conceptos de «freedom» y «liberty» sobre bases republicanas en el siglo XVII me parecen muy normativos Entre los varios trabajos de Skinner sobre esta cuestión destaca su ensayo *Liberty beforeLiberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998., comparados con el lenguaje vehemente de los teólogos presbiterianos y los argumentos de los revolucionarios británicos, impregnados de teología, de los tiempos de la Guerra Civil. Así que Skinner me parece un

historiador convencional cargado de conceptos normativos. Es una pena que no podamos encontrarnos para discutir de estas cuestiones... Por mi parte, estoy encantado de desprenderme de los conceptos normativos (hablo, naturalmente, como historiador; otra cosa distinta es si entrásemos en el terreno de la política). Sé que alguien podría contestar a mi afirmación diciendo que no hay conceptos que no tengan capacidad normativa, pero para mí ésta es una cuestión política, y no me parece adecuado aplicar retrospectivamente esta normatividad implícita en los conceptos del último siglo y hacer análisis históricos a partir de ellos.Tengo que escuchar lo que dijeron las gentes del pasado e intentar ver cuáles se supone que fueron sus intenciones originales, aunque las respuestas a esa clase de cuestiones sólo podré encontrarlas si desarrollo hipótesis adecuadas.

JFS .- *Tal vez lo más interesante últimamente en los trabajos de Skinner sea suaproximación muy fina a los recursos retóricos puestos en juego por los agentes históricos.*

RK .- Sí, esa es una aproximación nueva que ha aplicado, por ejemplo, en su reciente interpretación de Hobbes *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.. Pero en el fondo de ese planteamiento subyace una típica estructura repetitiva. A propósito de estos temas haré algunas observaciones y abundaré en mi conferencia de mañana. Obviamente los tópicos lingüísticos se sustentan en la repetición y, por tanto, la retórica es un recurso que puede ser usado tanto a favor como en contra del cambio. Desde luego, es posible crear algo nuevo a partir de una topología dada, pero su potencia lingüística innovadora estriba en el poder repetitivo de la retórica.

JFS / JFF .- *En los últimos meses hemosemprendido un ambicioso programa de historia conceptual comparada del mundo iberoamericano, que en una primera fase abarca una decena de conceptos, y por el momento se extiende a los casos de Argentina, Brasil, Colombia, España y México durante el período de la transición 17501850* Puede consultarse un breve resumen de este proyecto en el sitio *web* del Foro Iberoideas, sección Miscelánea: http://www.foroiberoideas.com.ar/htm/news/misc.aspx.. *Por otra parte, como usted sabe,Lucian Hölscher y otros académicos alemanes han propuesto la puesta en marcha de una historia comparada de los conceptos políticos de alcance europeo. Usted que, refiriéndose a los casos de Alemania, Inglaterra y Francia, ha hablado en un artículo memorable de «Tres mundos burgueses/civiles»* Reinhart Koselleck,Willibald Steimetz y Ulrike Spree,"Drei bürgerliche Welten? Zur vergleichenden Semantik der bürgerlichen Gesellschaft in Deutschland, England und Frankreich", en Hans-Jürgen Puhle (ed.), *Bürger in der Gesellschaft der Neuzeit.Wirtschaft,Politik, Kultur*, Gotinga,Vandenhoeck & Ruprecht, 1991, pp. 14-58. Existe una versión reducida de este artículo en inglés:«Three *bürgerliche* Worlds? Preliminary TheoreticalHistorical Remarks on the Comparative Semantics of Civil Society in Germany, England, and France», en Reinhart Koselleck,*The Practice of Conceptual*

History.Timing History, Spacing Concepts, Stanford, Stanford University Press, 2002, pp. 208-217., *¿qué opinión tiene sobre esa empresa de historia europea de los conceptos? ¿Le parecería factible intentar al menos el estudio comparado de un puñado de conceptos en las cinco principales lenguas de Europa occidental?*

RK .- Bien, un proyecto así tal vez sea posible, pero me parece extremadamente difícil.Yo lo intenté en los sesenta, cuando comenzaba mi dedicación a la historia conceptual. En París visité a un catedrático de literatura comparada. He olvidado su nombre (ya sabe que a mi edad los nombres desaparecen). De forma espontánea, me dijo: «Hagamos un lexicón de historia conceptual comparada que abarque el pensamiento francés, inglés, alemán…». Sin embargo, yo creo que es casi imposible, porque un proyecto de esas características presenta una enorme complejidad y su realización tendría que superar grandes dificultades que tienen que ver con la interrelación entre lenguas, tiempos y culturas. Veamos un ejemplo: el uso de la palabra francesa *état*, en el sentido de «orden» (grupo o categoría social), esto es, de estamento o «clase» dentro de la sociedad, y todavía no de «Estado». El significado nuevo de «Estado» resulta de la transformación del anterior y sólo empieza a prevalecer en el siglo XVII . Esa duplicidad de significados –*état*, al mismo tiempo como estamento y como Estado– también se da en alemán con la palabra *Staat*.También en lengua alemana *Staat*, que se refirió durante mucho tiempo a estamento o posición social, empezó en un cierto momento a significar Estado, pero no en el siglo XVII , sino a finales del XVIII ; por tanto, en este aspecto se produce un retraso de un siglo y medio con respecto al francés. Así pues, si se hace un análisis comparativo, además de las diferencias históricas, léxicas y semánticas de todo tipo, habría que señalar quién toma la delantera en estos procesos de cambio, y quiénes «se retrasan», así como los grados de simultaneidad en la evolución de cada concepto en las distintas lenguas y culturas. A las diferencias entre tradiciones y experiencias históricas, habría que añadir, pues, las diferencias cronológicas, lo que hace de ese proyecto una empresa muy compleja y llena de dificultades. En suma, me parece enormemente difícil resolver los problemas metodológicos de forma convincente.

JFS .- *Tal vez el problema principal estribe en encontrar un lenguaje común…*

RK .- Exactamente, sería necesario un metalenguaje. Eso está claro. Necesitaríamos un lenguaje que incorporase las diferencias histórico-sociales que tienen su reflejo en la lengua, porque esas tres experiencias de las que antes hablábamos dan lugar a tres mundos distintos Koselleck se refiere a las tres trayectorias históricas que están detrás de las grandes diferencias entre los campos semánticos referentes a los conceptos de burguesía y ciudadanía en los idiomas francés, inglés y alemán. Véase *supra* nota 7.: aunque sociológicamente hablando podamos decir que en un momento dado esas tres experiencias históricas se encuentran en el mismo período capitalista, lo cierto es que cada una de ellas

se sitúa muy lejos de las otras dos.

En cuanto a su proyecto de historia conceptual comparada del mundo iberoamericano, ¿por qué no comparar los lenguajes cambiantes de los colonos y de las poblaciones iberoamericanas fruto de las diferentes experiencias de los españoles y portugueses en Europa y en América? Se trata sin duda de un proyecto más abarcable y de más fácil realización. En comparación, es mucho más viable que comparar los casos francés, inglés, alemán y de las lenguas eslavas, puesto que estas últimas no tiene un origen latino. El francés, el italiano, el español y el inglés tienen un origen latino, de forma que cada traducción, cada adaptación de la lengua románica a la vernácula, esto es, al lenguaje ordinario de la vida cotidiana, supone efectivamente una transformación, un cambio del que Saussure se ocupó convincentemente.Ahora bien, esa continua y gradual transformación desde el latín a la moderna terminología política de los pueblos occidentales no se encuentra en Alemania, en Escandinavia, en Rusia o en Polonia. Por supuesto, tienen una educación latina, pero necesitan o bien integrar las voces latinas en su lengua o bien inventar palabras nuevas, lo que supone una forma muy diferente de experimentar diferentes lenguajes. Es un tema apasionante y entiendo que estaría muy bien hacerlo, pero es verdaderamente muy difícil.

(Continuará en el próximo número de la revista)